



CAPÍTULO III

CINCO VALORES PARA LA EDUCACIÓN MEXICANA

Pero en el cráter de mi corazón
hierve la fe que salvará a tus pueblos.

Carlos Pellicer, "Oda a Cuauhtémoc"

INTRODUCCIÓN

Llegamos ahora a la segunda parte de la pregunta que nos habíamos propuesto responder. En los capítulos I y II intenté dar solución a la primera parte del planteamiento del problema a saber ¿por qué los pedagogos mexicanos se plantearon con particular angustia la necesidad de hallar una auténtica identidad mexicana durante los períodos revolucionario y posrevolucionario? Las razones de este porqué las resumimos en la palabra *crisis*, y en el capítulo anterior vimos cómo, para salir de tal crisis, se empezó por solucionar el problema político fundando la Secretaría de Educación Pública. Queda pues pendiente la segunda parte de la pregunta que planteamos en la introducción y que dice: Dado que los pedagogos mexicanos se dieron a la búsqueda de esta identidad mexicana, ¿qué fue lo que hallaron, en qué términos expresaron lo que hallaron y por qué usaron esos términos y no otros?

Si se considera la naturaleza de la pregunta que tenemos entre manos, la respuesta ha de ser de carácter filosófico puesto que ha de constituir la expresión de la identidad mexicana. Dejemos sentado aquí, sin embargo, que el pensamiento educativo mexicano tiene muchas facetas y que sería extremadamente difícil explorar en un solo trabajo todas y cada una de ellas. Es-

tudiaremos pues aquí una de tales facetas, quizá la dominante, y cuyo principal creador fue José Vasconcelos. La visión filosófica de la educación mexicana y latinoamericana que propone Vasconcelos facilita el logro de la síntesis nacional que ha sido el empeño de la Revolución Mexicana y constituye la expresión más coherente y articulada del concepto de mexicanidad que tan ansiosamente ha buscado la nación, es decir, la expresión de un conjunto de valores que tipifican a México. Hecho este preámbulo, entremos de lleno al tema.

La muerte del positivismo como filosofía de la educación

Desde la época del Primer Congreso Nacional de Instrucción, allá por 1889, se empezó a considerar la educación como la base para establecer un lazo de unión entre todos los mexicanos. Este lazo de unión, antes de la Reforma, lo había sido la Religión Católica, pero al separarse la Iglesia y el Estado con la Constitución de 1857 se había escindido también la unidad nacional. Desde entonces comienza la búsqueda por un conjunto de valores que tuviera universal aceptación entre los mexicanos, que no tuviera carácter religioso para así salvaguardar la secularidad del Estado, y que por lo tanto sirviera de sustentación a un nuevo concepto de mexicanidad que viniera a reemplazar y a justificar el rechazo de todo lo anterior.

El positivismo, adoptado como filosofía oficial del Estado desde que don Gabino Barreda transformó la Preparatoria, parecía servir el propósito que se buscaba, si no con elegancia, al menos con eficacia. Desechando toda metafísica como inútil, y toda teología, excepto la de la religión de la humanidad, como exclusiva del albedrío personal, quiso hallar el acuerdo nacional en las verdades científicas que para la época parecían incuestionables. No todos los mexicanos podían aceptar las verdades religiosas, pero todos los mexicanos necesariamente tendrían que aceptar las verdades científicas porque tenían prueba empírica, que era, para el juicio de la época, la única prueba verdadera según el testimonio de los sentidos y la razón.

Al adoptar el positivismo, pues, se resolvían dos problemas con una solución. Primero se hacía avanzar la mentalidad nacional de un pasado teológico a un futuro científico, y segundo se transformaba el carácter del hombre mexicano de literario y retórico a científico y empírico, disciplinado ahora en el yunque magnífico de las matemáticas que rechazaba la 'inútil' filosofía

escolástica que con todas sus disputas, nada podía resolver y menos transformar la geografía mexicana afectada desde antiguo por una endémica pobreza.

Bajo el apogeo del positivismo don Justo Sierra pensó que la escuela formaría el “Alma Nacional”; pero esta filosofía pronto se halló impotente ante las críticas de la nueva generación de intelectuales que crecía con el siglo XX y que, organizados en un Ateneo de la Juventud, espetaban preguntas incómodas y preferían leer a Euken, Schopenhauer, Boutroux, Bergson, Poincaré, James y aun a Kant, más bien que a Comte y Spencer. Para finales de 1913 el positivismo está definitivamente muerto y el Estado, por la voz de Nemesio García Naranjo, ministro entonces de Instrucción Pública y Bellas Artes, decide abandonarlo: en su discurso en la Cámara de Diputados el 4 de diciembre de 1913, con motivo de las facultades solicitadas por el Ejecutivo para legislar en materia de educación pública, afirmaba lo siguiente:

Séneca decía: ‘Yo mismo en el momento de decir todo cambia, ya he cambiado’. Pues bien, estas palabras del moralista romano no son aplicables a nuestra educación secundaria, que en sus métodos fundamentales continúa en la misma forma en que la dejó el benemérito Barreda... . . . El positivismo ha sido, durante medio siglo, una filosofía de estado, y ya es justo acabar para siempre con los sectarismos oficiales, que siempre estorban el desarrollo libre de las inteligencias. Barreda dejó las sectas del pasado por el positivismo, conceptualizado en aquel entonces como realidad suprema: nosotros debemos imitarlo en el sentido de abandonar el exclusivismo positivista, por la ciencia del porvenir.¹

Y para concluir, Nemesio García Naranjo hace un llamado a iniciar una nueva búsqueda de la identidad nacional, ahora confusa ante el naufragio del positivismo: “Hoy, finalmente, queda arriada la bandera contraria, para izar, en el más alto de los más-tilles, la única bandera que podemos enarbolar, la que está por encima de la ciencia y del arte, de la filosofía y de la religión: la bandera santa de la patria.”² El plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria sería reformado de tal manera que en adelante, según las palabras del ministro, las ciencias matemáticas, físicas, naturales e históricas y las bellas artes serían las colum-

¹ Nemesio García Naranjo, *Leyes y reglamentos expedidos por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de enero a junio de 1914* (México: Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1916), pp. 173-183.

² *Ibid.*, p. 192.

nas del templo; mientras que la filosofía sería la cúpula y la moral constituiría el ambiente que impregnaría toda la construcción.³

A mediados del siglo XIX México había rechazado su pasado escolástico; ahora, en 1913, rechazaba su pasado positivista. Con razón decía José Vasconcelos ante numeroso público en Lima en 1916: "Porque no tenemos pasado, nuestro genio es ávido y versátil...",⁴ y luego añade en la misma conferencia y para justificar esta represión del pasado: "Mas no debe olvidarse que el ambiente mental heredado de la colonia era a tal punto abominable, que para destruirlo, toda exageración parece justa."⁵ Pero éste era el Vasconcelos de 1916; luego veremos cómo, al pasar los años, reorienta todas sus ideas.

La cuestión que nos importa ahora es que cuando José Vasconcelos inicia su labor como jefe de la educación mexicana en 1920, junto con la bancarrota política, social y económica, y también había una bancarrota educativa. Perdidos los valores positivistas, se carecía por completo de orientación. Será una de las labores fundamentales de Vasconcelos, como filósofo que era, no sólo organizar la educación mexicana de la época en su aspecto material sino reorientarla en su aspecto axiológico. Con tal objeto propone un conjunto de valores bien definido y suficientemente claro para la comprensión de todos, que él mismo se encarga de esbozar en su obra y en las numerosas circulares y discursos que escribió durante su gestión educativa.

Los cinco valores fundamentales

Propone Vasconcelos cinco valores fundamentales que han de servir como directrices a la educación mexicana y que son complementados y especificados por una serie de subvalores de significación más limitada que él coloca bajo cada uno de los cinco fundamentales.

El primero de ellos y para mí el más importante por sus consecuencias para la cultura latinoamericana es proponer que México y nuestra América, la América de Martí, sea el centro de una nueva y gran síntesis humana donde han de conjugarse para

³ *Ibid.*, p. 194.

⁴ José Vasconcelos, "El movimiento intelectual contemporáneo de México", *Obras Completas*, Vol. I (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1958), p. 60.

⁵ *Ibid.*, p. 71.

renacer las grandes corrientes del pensamiento humano. Lo expresa así Vasconcelos:

...el deber de nuestra América es poner los medios para que se cumpla una nueva síntesis humana. De ahí que la mejor guía de nuestros establecimientos de alta cultura nos ha de venir de Alejandría, otro sitio de gran síntesis, y de Bizancio. Las demás civilizaciones nos dan ejemplo de desarrollo nacional que ni siquiera podríamos imitar, aparte de que nos es inferior, dado que somos un compuesto precioso y una latente cristalización de las corrientes de todo el universo.⁶

Se conjuga, con esta idea de la gran síntesis que ha de ser Latinoamérica, el concepto de Hispanidad que mantiene Vasconcelos y que sirve como la segunda directriz para la educación mexicana. La idea de Hispanidad es un concepto esencialmente dinámico, algo que fluye y va integrando diversos aspectos de la vida cultural del mundo; parte de una inclusión de valores, de un mestizaje de valores pudiéramos decir, no de una exclusión. Va pues en busca de la síntesis que ha de conformarse en una obra de arte magnífico.

Se contrapone este concepto incluyente de Hispanidad al concepto excluyente de raza de los anglosajones que los lleva a discriminar en busca de la purificación racial. Siendo la idea de Hispanidad cultural más que racial, busca la inclusión y un buen ejemplo de ello es la Religión Católica en América que ha sabido adaptarse a las circunstancias de su ambiente asimilando y sintetizando las características culturales de los pueblos nativos para así adquirir una idiosincrasia propia. Se expresa así Vasconcelos:

Primero hay que crear el tesoro espiritual que justifique los sacrificios que impone una patria...⁷

Movido por el afán de otorgar a la escuela el ideal que le falta, hice yo otro esfuerzo desesperado. Consistió en ampliar el plan patriótico asentándole en la lengua y la sangre. Sueltos en el mundo como simples mexicanos o como argentinos o como chilenos, ¿qué esperanza podemos tener de superar nuestra situación actual de provincia inconfesa del yanki? Devueltos, en cambio, a la tradición española que hizo un continente homogéneo desde el Bravo hasta el Plata, las proporciones crecen y el futuro arraiga en una vieja civilización organizada. Los tiempos, sin duda, estaban maduros, porque de pronto un ardor nuevo encendió nuestras almas.⁸

⁶ José Vasconcelos, *De Robinsón a Odiseo, Obras Completas*, Vol. II (Méjico: Libreros Mexicanos Unidos, 1958), p. 1709.

⁷ *Ibid.*, p. 1709.

⁸ *Ibid.*, p. 1592.

Y ¿quién será el sujeto que lleve a cabo la transformación nacional a través de la educación? Los positivistas se habían propuesto como ideal formar el Yanqui del sur, un hombre audaz y ambicioso capaz de manipular y transformar el ambiente social y geográfico para ponerlo a su servicio. Pero los hombres del Ateneo de la Juventud rechazan este tipo de hombre. Antonio Caso habla claro en su obra *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*; rechaza el darwinismo social que postula la lucha universal por la supervivencia del más fuerte y propone como guías éticos de más alto valor el desinterés estético y la caridad —regla última que debe regir las relaciones sociales para que éstas puedan subsistir.

Vasconcelos recoge las ideas de Caso y las elabora en su aspecto educativo. Para él la renuncia a los intereses personales constituye la condición esencial que debe llenar el hombre mexicano y esta renuncia es el primer paso para que él haga de sí mismo un héroe porque héroes es lo que necesita la nación:

...Por lo pronto y como norma escolar me parece no hay inconveniente en decir que el hombre tipo de nuestra época en materia de moral no es, como ha sido serlo, ni el audaz que gane mucho, ni el inteligente con egoísta habilidad, sino el más capaz de servir, por más dispuesto que se halle a renunciar a las propias conveniencias pequeñas.

Y es que la escuela necesita héroes:

...un héroe capaz de trabajar con las manos —el mismo Jesús así lo hizo en su mocedad—, capaz también de manejar aparatos y disciplinas científicas; un hombre preocupado de la conducta recta según la ley eterna y por encima de los halagos del éxito y un hombre, además, cuya pupila asome al esplendor invisible.⁹

Dado lo anterior, ¿cuál será la misión primordial de este hombre cuya capacidad de servir lo define y que ha de crear la escuela democrática? Nos enfrentamos en nuestros tiempos a la era científica y del industrialismo, cuando los valores de la sabiduría tradicional parecen inoperantes y la disyuntiva inmediata es hallar nuevos valores o conformar los antiguos de tal manera que adquieran relevancia ante el momento presente. Es preciso que aprendamos a dominar las fuerzas de la tecnología para que en vez de que ellas nos pongan a su servicio, podamos ser

⁹ *Ibid.*, p. 1557.

virnos de ellas y alcanzar el bien más alto. Escribe así Vasconcelos:

Una escuela democrática deberá preparar al alumno para que resista la calamidad de un exagerado industrialismo como se resiste la plaga; procurando dominarla. Sin hacer de su mal su objetivo. Y su deber es dar a cada hombre los secretos de la sabiduría desinteresada que al lado de la práctica, se mantiene por los siglos de los siglos, superando siempre a la práctica, corrigiéndola y libertando a la conciencia.¹⁰

He esbozado hasta aquí cuatro de los cinco valores fundamentales que propone Vasconcelos como directrices de la educación mexicana; ellos son, primero, hacer de América Latina el centro de una gran síntesis para formar nuevos valores como lo fueron Constantinopla y Bizancio; segundo, que este concepto de la gran síntesis humana parte de la idea de Hispanidad como cultura esencialmente mestiza que sirva de base al concepto de Mexicanidad; tercero, que el agente de esa labor sea un hombre capaz de servir; cuarto, que este hombre nos enseñe a valernos del industrialismo, no como fin en sí mismo, sino como medio para un propósito más alto. El quinto es de particular importancia porque se refiere a los temas de estudio que ha de ofrecer la Escuela Mexicana. Ya desde el discurso de reapertura de la Universidad Nacional que pronunció don Justo Sierra el 22 de septiembre de 1910, insistía este pensador en que había que mexicanizar la ciencia y nacionalizar el saber. Decía Sierra en aquel entonces refiriéndose a la Universidad: "Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber."¹¹ Y continúa Sierra elaborando el punto de cómo la geografía nacional y el hombre mexicano constituyen un estupendo tema de estudio porque existe, "la necesidad de encontrar en una educación común la forma de la unificación suprema de la patria".¹²

¹⁰ *Ibid.*, p. 1532.

¹¹ Justo Sierra, "Discurso de reapertura de la Universidad Nacional", *Los grandes educadores mexicanos del siglo XX*, ed. por Vicente Fuentes Díaz y Alberto Morales Jiménez (Méjico: Editorial Altiplano, 1969), p. 19.

¹² *Ibid.*, p. 22.

Este mismo argumento lo recoge Vasconcelos y lo reelabora para orientar la educación nacional cuando a él corresponde conducirla. De la siguiente manera lo presenta en *De Robinsón a Odiseo*:

...La obsesión de Europa nos mantiene a nosotros ciegos sobre lo que pasa a nuestro derredor y nos condena a fingir réplicas del trabajo que ya se hace eficazmente en el gabinete de la universidad extranjera. Es ya tiempo, sin embargo, de que el estudiante de nuestra América aproveche sus ventajas para el estudio de la geografía y la fauna locales, la flora y la agricultura, la arqueología y el arte nativos. Ocasiona desconcierto ver que ya durante la Colonia se esbozaba una ciencia americana con los trabajos de Clavijero en México, de Caldas en Colombia y, sin embargo, a partir de la independencia ya no son sino nombres extranjeros los que informan al mundo de nuestra configuración física y sus recursos...¹³

Estas son pues las cinco directrices que ofrece Vasconcelos para la educación mexicana y pudiéramos ampliar el perímetro y decir que para la educación latinoamericana, puesto que, ya cuando ocupaba la Secretaría de Educación de México, era cosa común llamarlo Maestro de América.